



UNA PROPUESTA DE SENTIDO
PARA RENOVAR LA ESPERANZA



Transcurrido el primer cuarto del nuevo siglo, parece que las promesas del modelo social que vivimos no terminan de llegar. Más bien sucede que, a medida que avanza el nuevo milenio, esas promesas se desvanecen y, en su lugar, se nos abre un futuro pleno de incertidumbres y desasosiegos.

Ante esta situación, no deben servirnos de consuelo los datos que aseguran que la humanidad está mejor que nunca. Esto es cierto sólo para una pequeña parte de la población. Incluso, aunque ese grupo afortunado fuese la mayoría, no podemos olvidar que, para que unos vivan en la aparente zona luminosa del mundo, muchos millones más han de continuar en la parte nítidamente oscura. Y esto no sólo es rechazable, sino que también es evitable.

Pero, incluso si nos ha tocado vivir en la Arcadia feliz del capitalismo triunfante, bajo la pátina de autosatisfacción que nos deslumbra, a menudo encontramos una experiencia frustrante, repleta de constantes expectativas o deseos consumidos y no disfrutados, una realidad difícil de tragar para muchas personas sin recurrir a la química de los ansiolíticos.

Analicemos con honestidad si la vida que vivimos es la que soñábamos y, si llegamos a la conclusión de que no, preguntémonos sin miedo qué vida nos gustaría vivir. Porque seguramente la mayoría de los objetivos que nos planteemos están a nuestro alcance, y lo están no sólo para un futuro lejano, sino para dentro de un rato. La mayor parte de lo que nos satisface es más fácil de alcanzar que los imposibles que nos promete la actual senda depredadora del planeta, de sus criaturas y de nosotras mismas.

Tomemos conciencia de nuestro poder y, ya que podemos, hagámoslo. Como individuos, como sociedad y como especie —pues las tres cosas somos, a la vez y de manera inseparable—, quitémonos el corsé de la impotencia y dejemos de delegar en otros para que nos gestionen la vida. La vida es nuestra y no es delegable. La democracia representativa es útil para gobernar un país, pero a veces resulta insuficiente para gobernar nuestras propias vidas.

Porque tenemos las herramientas para hacerlo. Algunas están dentro de cada persona, otras sólo aparecen cuando varias nos juntamos y nos empeñamos en eso tan revolucionario de cooperar poniendo en común las capacidades que atesoramos. Y otras precisan de estructuras y de instituciones que, a pesar de su tamaño y su lejanía respecto de nuestra vida cotidiana, no pueden escapar del control y de la capacidad de decisión colectiva.

El futuro no está escrito, el camino no está trazado. Pero si seguimos andando por este sendero que transitamos ahora mismo, ni llegaremos dónde nos gustaría, ni disfrutaremos del recorrido. Es tiempo de hacer una parada, de



tomarnos un breve descanso para decidir a dónde queremos ir y por dónde hacerlo. Es momento de dejar de seguir ciegamente el “tom-tom” programado para llevarnos hacia donde nos mandan. Es hora de dar esquinazo a la brújula capitalista que nos señala el camino que no queremos recorrer.

Concebimos este documento como una reflexión abierta, incompleta e imperfecta, ahora y siempre provisional, que nos ayude a avanzar y a explicar cuál es nuestra propuesta de sentido para el conjunto de la sociedad, qué razones hay para la esperanza y la acción decidida.



1. La vida que vivimos



Tenemos el derecho a ser felices, y estamos dotadas de una maravillosa capacidad para intentarlo sean cuales sean las condiciones concretas en las que se desarrolla nuestra vida. Afortunadamente, saber y sentir que algunas de estas condiciones son un serio obstáculo para la felicidad no nos impide mantener el empeño de su búsqueda ni del disfrute de lo positivo que vamos encontrando en el camino.

Porque funcionamos en gerundio y, más que ser felices, vamos siéndolo. Y esto no es contradictorio con descubrir cuáles son esos obstáculos que nos generan insatisfacción. No para ser profetas de calamidades, sino para ser capaces de afrontarlos y cambiarlos.

En este primer capítulo queremos poner de manifiesto algunos de los elementos más importantes que nos duelen en lo más profundo. Aquellas cuestiones que nos generan frustración, desasosiego y, en no pocas ocasiones, una falsa sensación de impotencia.

Vamos subidos en una bicicleta absurda

Hace muchos años que el ingenio humano inventó la bicicleta. Un vehículo que nos ayuda a desplazarnos más rápido que a pie, y cuyo funcionamiento es una metáfora del modo de vida que llevamos: si dejas de pedalear, te caes.

La condición esencial para que el modelo funcione es el crecimiento sostenido, el pedaleo constante. Es como si, cuando ya hemos llegado al destino, no pudiéramos parar la bici. Pero claro, si seguimos pedaleando sin descanso, ni el destino ni el viaje tienen sentido alguno. Se convierte en un viaje infinito a ninguna parte, un viaje que no tiene en cuenta las limitaciones de nuestra resistencia física. Es imposible pedalear y pedalear sin parar a descansar, a reponer fuerzas, a disfrutar..., y sin embargo ahí seguimos.

Dicho de otro modo, crecer infinitamente en un planeta con recursos finitos es una paradoja absurda. Es un imposible sobre el que la ciencia ya nos ha advertido, pero que seguimos ignorando para evitar el riesgo de caernos de la bicicleta. Todo ello a costa de nuestras fuerzas, del absurdo viaje sin destino y del riesgo de colapso por agotamiento que acabe con el ciclista, con la bicicleta y con el propio camino.

El paraíso de cemento y la pirámide de barro

Sin duda, somos una especie singular entre las que habitan el planeta. No la mejor ni la más bonita, pero sí la más distinta. El *homo sapiens sapiens* ha desarrollado habilidades y alcanzado cotas de evolución que constituyen una singularidad significativa, en ocasiones incluso maravillosa. Pero esa



conciencia de sabernos diferentes también nos lleva a un gran engaño: el pensar que hemos logrado separarnos de nuestro ser “animal” y que estamos situados en otro plano en el que podemos prescindir de las necesidades que compartimos con las demás especies.

Nos hemos declarado —de forma unilateral— independientes del aire que respiramos y de la tierra que nos alimenta. Vivimos como si pudiéramos sobrevivir aisladas en nuestro paraíso artificial de cemento y metal. Como si el ingenio y la tecnología nos hiciesen autosuficientes. Como si el aire, el agua, la tierra y el resto de seres vivos fuesen un simple parque de atracciones al que acudimos los fines de semana, a consumirlo como una mercancía más.

Hoy creemos estar sentadas en la cúspide de una pirámide, dueñas de nuestro destino y de aquello que contemplamos desde esa atalaya imaginaria que nos sitúa por encima de todo. Pero, con frecuencia, ese paraíso artificial se nos torna en cárcel, nos asfixia a veces de forma real (la contaminación) y, casi siempre, metafóricamente. ¿Quién no ha fantaseado en alguna ocasión con un cambio radical de vida, al contemplar una grandiosa puesta de sol, paseando en calma por un bosque, o ante el sonido tranquilizador de un arroyo?

Cada vez más a menudo, vemos como nuestro trono en lo alto de la pirámide se ve sacudido cuando un fenómeno climático extremo arrasa con parte de nuestro paraíso. En otras ocasiones, de manera más sutil y profunda, el vértigo llega cuando caemos en la cuenta que no somos más que una hebra en la trama de la vida de un planeta pequeñito, en un rincón de una galaxia periférica, en el seno de un universo inabarcable que nos abruma y admira.

La insopitable desigualdad

Cualquier persona con un mínimo de sensibilidad percibe enseguida que nuestra sociedad es como una moneda, con una cara para quienes disfrutan de las bondades del mundo, y una cruz para quienes sólo gozan de ellas a tiempo parcial, o para quienes simplemente no pueden acceder a dichas bondades. La tarta está mal repartida, y el ansiado momento del reparto justo no termina de llegar.

Además, la mayoría de quienes desempeñan las actividades esenciales que hoy sostienen la estructura de nuestra sociedad, o bien las realizan fuera del mercado laboral (de modo que no son valoradas) o, cuando las desempeñan bajo relaciones mercantiles, reciben una escasa valoración y aún peor remuneración por su trabajo. Muchas de esas personas viven en una precariedad vital que casi siempre se combina con relaciones de dominación y explotación coloniales, de género o de clase social. Y sin embargo esas



personas están aquí, viven a nuestro alrededor, aunque a menudo pasen desapercibidas ante nuestros ojos.

Al margen del lugar que cada cual ocupemos en esta sociedad, la insopportable desigualdad en la que vivimos inmersas debería causarnos dolor, indignación o, cuando menos, una profunda perplejidad.

Debería indignarnos, y sin embargo solemos anestesiar ese tipo de sentimientos culpabilizando de su situación a quienes viven en la cruz de la moneda. Pero los efectos de esta anestesia no son tan duraderos como desearíamos. Y así, cada vez que nos topamos de frente con el duro rostro de las pobrezas, en lo más íntimo de nuestro ser sabemos que la causa está en el corazón mismo de nuestro modelo social, que antepone el lucro a cualquier otra consideración.

Éste es el gran fracaso de nuestra sociedad: el ser capaz de mantener a cientos, miles, millones de personas abandonadas a su suerte, a pesar de contar con recursos suficientes para todas, y perpetuar de este modo, sin aparente remordimiento, realidades de desigualdad que, en su mayoría, son evitables y corregibles.

Vivir para producir

Como especie, somos capaces de usar nuestras habilidades manuales y mentales para procurarnos lo necesario para vivir, recolectando lo que el planeta nos ofrece y transformando esos recursos en bienes tangibles o en servicios intangibles. También tenemos la capacidad de cuidar a quienes aún no pueden o han dejado de poder usar esas habilidades. Y, por extensión, somos capaces de proporcionarnos cuidados a través de actividades cotidianas como la alimentación, la higiene, la salud...

En definitiva, somos seres que trabajamos, ya sea en trabajos productivos o reproductivos, todos ellos necesarios e interdependientes porque nuestra supervivencia depende del resultado de ambos.

Ahora bien, al trabajo reproductivo no lo llamamos trabajo sino “tareas”, se lo adjudicamos a la mitad femenina de la población y lo minusvaloramos como si fuese algo secundario.

Por su parte el trabajo productivo, organizado en forma de empleos remunerados, alberga profundas desigualdades de género y de clase social. Cada vez menos gente puede decir que le guste su empleo, que sea fuente de autorrealización personal, de identidad. El empeoramiento generalizado y constante de las condiciones en que se realiza, la precariedad, las jornadas



interminables... nos hacen experimentar la sensación de que vivimos para trabajar en lugar de trabajar para vivir.

Porque estamos preparados para trabajar, sí, pero también lo estamos, de manera inseparable, para disfrutar del ocio, para gozar de la vida.

Acumular vida malgastada

El pedaleo constante de la bicicleta absurda nos lleva a consumir gran cantidad de cosas, muchas más de las que realmente necesitamos para vivir bien. A decir verdad, el objetivo del pedaleo es producir esas cosas, comprarlas, usarlas, tirarlas o acumularlas, sin preguntarnos realmente si las necesitamos.

A menudo creemos que necesitamos eso que está ahí delante, sin caer en que casi siempre se trata de un deseo artificial, que se satisface en el propio hecho del consumo, que se agota en sí mismo y está destinado a acumularse en el fondo del armario o del trastero.

Cada vez que entramos en una tienda preguntamos “¿esto cuánto vale?”, pero la pregunta correcta sería “¿esto cuánto cuesta?”, porque confundimos el valor con el precio. El valor de ese objeto es su utilidad, su eficacia para solventar una necesidad, mientras el precio es cuánto dinero nos cuesta. Por eso, la primera pregunta sólo la puede responder cada cual.

Esa relación distorsionada que tenemos con las cosas, que nos lleva a acumularlas y a valorarlas sólo por su precio, también nos impide darnos cuenta de que eso que acumulamos no son esencialmente bienes ni dinero en especie, sino tiempo perdido, años empleados en conseguir el dinero necesario para adquirirlas. Tiempo de vida que, seguramente, hemos dejado de utilizar en otras actividades más necesarias para nuestra felicidad.

Deprisa deprisa, sin tiempo para lo importante

El tiempo vuela, la vida que llevamos transcurre a una velocidad de vértigo. Las noticias importantes nos sobrevuelan unos días, una semana como mucho. Las tecnologías nos permiten hacer más rápido cualquier tarea. Los objetos están diseñados y construidos para durar poco tiempo. Todo se vuelve obsoleto casi de inmediato.

Nuestro cerebro tiene dos sistemas de pensamiento: uno inmediato, que se mantiene activo de manera permanente y nos facilita tomar decisiones rápidas con un bajo consumo de recursos; el otro más reflexivo, que precisa de una activación consciente y compleja, algo que la velocidad a la que transcurre la vida nos pone cada vez más difícil. Tomamos muchas decisiones, pero a menudo lo hacemos sin reflexionar, sin pararnos a pensar.



Y es que vivimos con la permanente sensación de que lo urgente se come a lo importante, y que de continuo aplazamos las respuestas importantes hasta ese día en que, por fin, tengamos el tiempo necesario para tomarlas. Un día que, por esto o por aquello, nunca termina de llegar.

El tiempo para estar y cuidar de quienes queremos —incluso de nosotras mismas—, el tiempo para descansar, para abandonarse y hacer eso que nos gusta, o no hacer nada... ese tiempo no llega. Los ratos que liberamos gracias a las tecnologías los empleamos en hacer más actividades, pero no en hacer algo diferente... Vivimos “deprisa deprisa”, y no terminamos de encontrar el pedal del freno de la bicicleta.

Hiperconexión sin vínculo

Dentro de la tercera revolución industrial en la que estamos inmersas, sin duda las TIC (Tecnologías de la Información y la Comunicación) son la estrella. Nos permiten un acceso instantáneo al mundo, tanto que hoy en día podemos asistir en directo a los acontecimientos que van cambiando la historia moderna. También nos permiten estar en conexión con cientos de personas, algunas físicamente muy lejanas.

Las TIC son herramientas con un potencial liberador aún por descubrir, pero sin embargo nos producen una sensación ambivalente. ¿No estaremos sustituyendo los vínculos por conexiones? Conectar y desconectar son actos rápidos y fáciles, mientras que vincularnos con personas, lugares o vivencias precisa de tiempo y de un compromiso vital, tanto que la desvinculación puede ser dolorosa.

Por eso, si observamos con detenimiento, esa aparente ventana global a la que nos asoma el algoritmo de forma selectiva y condicionada, en realidad es una cristalera que nos encierra en los nuestros y en lo nuestro. Las TIC, y en especial las redes sociales, lejos de permitirnos conocer y comprender otras maneras de ser y de vivir, y de entrar en diálogo con ellas, nos las suelen proyectar enfrente, y las reconstruyen artificialmente como lo otro, lo ajeno, cuando no como el enemigo que nos acecha tras la pantalla.

La accesibilidad del mundo global se está construyendo a costa del vaciamiento progresivo de la comunidad cercana. Nuestros entornos cotidianos son duros, fríos, despersonalizados. Nos cruzamos diariamente con cientos de personas con las que no establecemos ningún vínculo. Ya ni siquiera sabemos cómo se llaman las personas con las que cada día nos cruzamos en el ascensor. El círculo de personas en las que podemos confiar se va estrechando. Vivimos hiperconectadas pero sin vínculos, y eso, en el fondo, nos angustia y deprime.



El miedo que nos atenaza

Muchos de los malestares que experimentamos nos han hecho instalarnos en una especie de miedo constante, en una angustia existencial que nos atenaza.

Nos creemos en riesgo, acechados, vulnerables. Tenemos miedo de perder nuestro estatus, los bienes acumulados, el confort conseguido tras tanto pedaleo. No sabemos muy bien dónde están las amenazas, pero el miedo nos lleva a creer a pies juntillas a quienes nos señalan dónde se oculta “el enemigo”. El miedo no permite reflexionar, es un sentimiento atávico que reactiva nuestros mecanismos de defensa más primitivos: la tribu como verdad inmutable, la desconfianza hacia “el otro”, la agresión y la expulsión del diferente. A falta de respuestas ciertas para nuestra angustia, buscamos falsos enemigos y los convertimos en culpables de lo que nos molesta, inquieta o daña. En ausencia del vínculo colectivo que nos pueda brindar apoyo y seguridad, nos entregamos a un falso y desmovilizador “sálvese quien pueda”, que con el tiempo se convierte en un “sálvese quien tenga”.



2. Vivir con sentido



La ecología o el ecologismo, como propuesta política y vital, es una apuesta por una vida con sentido. No en vano, la palabra etimológicamente proviene de dos términos griegos: *Oikós-logós*, que podríamos traducir como “el sentido de la casa”, un esfuerzo por comprender y vivir la vida en la casa común (que es el planeta) y con la familia (que es la humanidad), y hacerlo con sentido.

Quizá un resumen muy apretado del apartado anterior nos ubica en un mundo dominado por la lógica económica. Economía también proviene del griego *Oikós-nomós*, es decir, “las normas de la casa.” Unas normas elaboradas desde la lógica del capitalismo, que construyen una realidad en la que las normas se imponen a ese sentido, y donde la economía, comprendida como el elemento central, se torna en dominante, y coloniza y condiciona cualquier decisión importante.

Estas normas nos dificultan encontrar sentido a la vida que vivimos. Por eso, en este apartado queremos profundizar en esos otros elementos que la omnipresencia dominante de las normas capitalistas no ha conseguido hacer desaparecer, quizás porque pertenecen a la esencia misma de lo humano. Para ello, vamos a tirar del hilo de las resistencias que experimentamos y practicamos, porque, pese a todo, a ratos también vamos siendo felices.

Esas experiencias de sentido nos sirven para gobernar la vida individual de cada cual, pero también son la base de las propuestas que la ecología política plantea como ejes de la vida común, de la organización social, de las políticas públicas y de las instituciones que las deben desarrollar.

La “red Gaia”

Podemos decirlo en un lenguaje *hippie* posmoderno y hablar de “Gaia”, o reconectar con el lenguaje ancestral y referirnos a la “Pachamama”, pero en ambos casos nos estamos refiriendo a la experiencia de estar en conexión con “el todo”, el sabernos parte de un planeta con el que estamos íntimamente vinculadas.

Es un hecho que dependemos de ese “todo” para vivir y para sobrevivir. Somos eco-dependientes y por eso sabemos que no podemos seguir destruyendo la base material sobre la que se apoya nuestra vida y la de las demás especies. Sabemos que el planeta tiene límites para esa vida, y que ya hemos sobrepasado algunos de esos límites.

La ciencia nos ha enseñado que el esquema más realista de un ecosistema no es una pirámide con el ser humano en la cúspide, sino que es una red de elementos interconectados, todos necesarios y todos valiosos. Sabemos también que el humano no es un elemento aislado y separado, sino que es otro nodo más en esa red global que conforma la vida. Un nodo especial que,



precisamente por su singularidad, tiene la responsabilidad que le otorga la conciencia de su capacidad, bien para protagonizar la destrucción de ese ecosistema o, por el contrario, para convertirse en la clave de su regeneración.

En este sentido, esa vinculación profunda del ser humano con la naturaleza no ha de verse como una pesada obligación moral con la que cargamos, sino que puede y debe convertirse en un disfrute privilegiado. Porque cuando dejamos de percibir el entorno natural como un objeto más de consumo, entonces la experiencia del contacto con la naturaleza se torna placentera e incluso imprescindible para nuestro bienestar emocional, algo que a menudo nos lleva a exigir la presencia de espacios verdes vivos en esas junglas de cemento y cristal que son nuestras ciudades.

El bien común

Ese sentimiento de pertenencia a un “todo” es más fuerte cuando nos referimos a las demás personas que componen la Humanidad. Tragedias históricas como Hiroshima o Auschwitz, no impiden que nos sigamos sintiendo en vinculación con otras personas a lo largo y ancho del mundo. Ahí está la solidaridad mundial con Gaza, sin ir más lejos. Reconocemos las grandes y pequeñas maravillas de lo humano y, a pesar de todo, nos seguimos sintiendo cercanos a alguien que está enfermo, empatizamos con quien lo pierde todo en una inundación, y nos sigue emocionando una caricia o un abrazo sincero de cualquier otro ser humano.

Algunas comunidades de regantes tienen desde hace siglos una norma muy curiosa: quien posee la parcela que debe ser regada en último lugar, ostenta el derecho de veto sobre las decisiones del grupo. Es decir, que si el agua alcanza hasta el último, entonces la comunidad funciona bien. Quizá es la mejor explicación posible de eso que llamamos “el bien común”, como principio de sentido para la convivencia humana. Que no es igual al interés general, porque a veces “lo bueno” no coincide con “los intereses”, aunque éstos sean los de la mayoría. Es “lo bueno” si es de todas y de cada una a la vez.

Una vinculación regulada por la norma del bien común, ha de partir del reconocimiento de las demás personas como legítimas en la convivencia. Es decir, que son seres que, al igual que yo, tienen derecho a ser lo que quieran ser. Y ese reconocimiento abre una relación de diálogo entre semejantes. De nuevo el griego, *Dia-logo*, que significa “a través de la palabra”, a través del sentido.



Al abrigo de la comunidad

Somos seres sociales y comunitarios, por naturaleza y por convicción. Siglos de avatares nos han enseñado que la comunidad es el mejor refugio contra las adversidades, ya se llame tribu, familia, vecindario, sindicato, mutualidad o Seguridad Social.

El miedo nos invade de la mano del sentimiento de vulnerabilidad, de sentirnos incapaces de hacer frente a las amenazas por nosotras mismas. Pero, al abrigo de la comunidad, eso cambia: la fuerza viene de lo colectivo, de la sororidad femenina, de la manada, del pueblo unido, de la red social que nos protege y nos acoge.

Por eso, no tiene sentido fiar nuestra seguridad a una carrera por acumular bienes materiales que nos protejan de cualquier amenaza. Porque en nuestra mente, siempre asustadiza y manipulable por innumerables técnicas de control psicológico, siempre habrá un nuevo peligro acechando. La búsqueda de la seguridad total es una quimera... muy rentable.

Una planta que crece en un entorno perfectamente controlado —sin viento, sin competencia, con temperatura estable y luz constante— crece recta, impecable... pero débil. Su tallo, nunca puesto a prueba, se quiebra ante el primer soplo. En cambio, una planta expuesta al viento, al sol cambiante, a la irregularidad de la lluvia, se vuelve flexible, resistente, viva. Esa diferencia revela una verdad fundamental: la fuerza no proviene del control, sino de la exposición al desorden. La vida no se hace robusta eliminando la incertidumbre, sino aprendiendo a convivir con ella.

Eso no significa que no debamos renunciar a buscar la seguridad, para nada. Pero el camino es hacerlo de la mano de lo que de verdad nos importa. La seguridad es tener un ingreso mínimo cada mes, es dotarnos de un sistema de salud fiable, es poder circular por el espacio público sin miedo, es tener la confianza de que nuestro futuro hogar no estará ubicado en una zona inundable, o de que los servicios de emergencias acudirán cuando los necesitemos.

La seguridad nos la da el saber que formamos parte de una comunidad donde nos cuidamos y nos protegemos mutuamente, sí, pero también nos la da el tener la certeza de que a su vez esa comunidad forma parte de un país donde el gobierno se preocupa por que cada persona dispongan de lo suficiente para hacer frente a los vaivenes y a los imprevistos de la vida.



Trabajar para vivir

Qué orgullo sentimos cuando hacemos algo, y lo hacemos bien. Qué poco nos cuesta hacer tareas, incluso desagradables, si con ello ayudamos a alguien que apreciamos. Tenemos inserta en nuestro ADN la ética del trabajo. Nos gusta reconocernos y que nos reconozcan por lo que hacemos.

Trabajar nos realiza y nos define, pero pensar en lo humano sólo desde esta dimensión es un reduccionismo interesado de lo que somos, sentimos y queremos. También somos una de las pocas especies animales que mantiene el juego como actividad en la vida adulta: jugamos por jugar, sin función utilitarista, y vaya si lo disfrutamos.

Y, por supuesto, nos gusta divertirnos, pasarlo bien. Es algo que necesitamos hacer a menudo, y sin embargo la organización social moderna hace que al tiempo libre lo llamemos tiempo de “entretenimiento”; es decir un tiempo para “tenernos entre” los tiempos realmente importantes para la economía, que son los del negocio (en latín, *Neg-otium* significa “no ocio”).

Sin embargo, el disfrute no es una breve compensación para hacer soportable una vida de sacrificio en el trabajo, porque la vida no debería ser un valle de lágrimas. El trabajo, que es mucho más que el empleo, no debe ser un castigo, y el goce no puede ser un vicio.

La suficiencia

Necesitamos y utilizamos multitud de bienes y recursos, que a veces los encontramos, pero que casi siempre los producimos o los compramos. Sin muchas de esas posesiones nuestra vida sería peor. Bien lo saben y experimentan millones de personas en el mundo, que a menudo ni siquiera disponen del suficiente bienestar material para sobrevivir.

Pero más allá de esto —o precisamente por esto—, cabe preguntarnos por el sentido de nuestra relación con lo material. Para satisfacer nuestras necesidades (que conviene no confundir con los deseos) utilizamos bienes, algunos materiales y otros no, pero también usamos valores, que cuando se aplican se convierten en recursos. Los primeros tienen como característica su finitud y su escasez (es decir, cuanto más los usas, más se gastan), mientras que los segundos a menudo funcionan al revés (su uso los incrementa, son infinitos y abundantes).

Los bienes tienen su límite en la capacidad de regeneración del planeta, y no los podemos multiplicar de forma indefinida si no queremos que se agoten o terminen por destruir los recursos naturales de los que proceden.



Por el contrario, la solidaridad, la empatía, el pensamiento colectivo... son recursos del segundo tipo, también necesarios para satisfacer nuestras necesidades, pero en ellos podemos y necesitamos crecer de manera sostenida hasta el infinito.

Una vez que hemos comprobado que “la buena vida” (como sinónimo de derroche y ostentación) no es suficiente para hacernos felices, ¿qué tal si probamos a tener una “vida buena” basada en saber, en cada caso y situación, cuándo tenemos lo suficiente para ser felices?

Podemos vivir sabiendo y practicando la “indisponibilidad”. Porque, en un mundo occidental donde nos hemos acostumbrado a que todo puede y debe ser conocido, usado y derrochado por el mero hecho de estar ahí y de que es posible hacerlo, quizás conviene explorar las ventajas que nos puede ofrecer la renuncia voluntaria al consumo desmedido e innecesario, como propuesta de sentido para buscar la felicidad de la sencillez, al tiempo que combatimos el riesgo de agotamiento de los recursos naturales.

Re-analogizar la vida

La revolución tecnológica ha digitalizado el mundo. El lenguaje digital sólo se compone de ceros y unos. Es un lenguaje muy potente para muchos propósitos útiles, pero tremadamente empobecedor para casi todo lo que no se puede expresar directamente sino que necesita de una “analogía” o de una metáfora para poder ser dicho. Porque en el mundo digital, lo que no se puede expresar en forma de ceros y unos, simplemente no existe.

¿Qué es lo que queremos decir? Que para contarle a alguien que le queremos no necesitamos palabras precisas y exactas; es más, a veces las palabras no terminan de expresar bien nuestro sentimiento, y por eso nos besamos y abrazamos. Las caricias son metáforas mucho más potentes y eficaces para comunicar cariño, la ternura es lenguaje analógico. O, como dijo, Gioconda Belli, la solidaridad es la ternura de los pueblos.

Evidentemente no se trata de renunciar a los aspectos positivos que nos aporta lo digital, pero sí de repensar nuestra relación con la tecnología, con el uso o el abuso que hacemos de ella. Nuestra capacidad de interactuar con el mundo que nos rodea no se agota en las redes sociales, por mucho que éstas se hayan constituido en otro mundo a tener en cuenta y sobre el que actuar. Sin ir más lejos, ahí está el metaverso, con sus paradojas y sus contradicciones.

Y de la reflexión a la pregunta: ¿en qué empleamos el tiempo que las tecnologías nos ahorran en el trabajo? ¿En descansar y disfrutar de la vida, o en pedalear más?



La propuesta de re-analogizar la vida nos propone volver a las metáforas como forma de acceso a la realidad, nos permite decir lo que no conocemos del todo y soñar con lo que aún no está pero queremos que esté, aunque no tengamos muy claro exactamente cómo sería. Lo digital —como único lenguaje— nos condena al pragmatismo, lo analógico nos abre a la utopía.

Desacelerar para ponernos en resonancia

La música acompaña muchos momentos de nuestra vida cotidiana, aunque en muchas ocasiones ni siquiera nos damos cuenta, porque a menudo la oímos, pero casi nunca la escuchamos. Sin embargo, a veces la música no sólo suena de fondo, también resuena en nuestro interior y nos provoca toda suerte de emociones, nos impulsa a interaccionar con ella. La única condición que se precisa para que esto suceda es que nos paremos a escucharla, y que adoptemos una actitud para la resonancia.

En este relato, la música es la metáfora que resume cualquier aspecto de lo cotidiano: la gente que nos rodea, las noticias de la tele, el árbol del parque, el tráfico, la lluvia... en definitiva, el mundo. La velocidad de nuestras vidas impide que entremos en resonancia con lo que nos rodea, que la vida pase por nosotras en lugar de hacerlo nosotras por ella.

Ponernos en resonancia con el mundo nos permite estar receptivas, responder a los estímulos y actuar con responsabilidad. Son tres actitudes clave para vivir con sentido, tres aspectos interrelacionados y conectados, que nos exigen ir más despacio, desacelerar nuestra vida para escuchar la música que contiene.

De lazos y raíces: hablemos del amor

Reivindicamos el amor como herramienta cotidiana y política profundamente revolucionaria e intrínsecamente humana. Desprovista, eso sí, de las adherencias asociadas al “amor romántico” casi todas ellas provenientes de una visión arcaica y patriarcal del mundo.

El amor está en el origen de lo netamente humano. La otredad ha sido un valor en sí mismo para las sociedades humanas desde tiempos remotos. El primer signo de civilización encontrado por la paleontología es un fémur de homínido primero roto y después curado. Y es que “el otro” merece ser reconocido y cuidado, más allá de su utilidad para el grupo, porque, en la naturaleza, la evolución del conjunto de las especies tiene también bases cooperativas y no sólo -ni, quizá fundamentalmente- competitivas.

Por lo tanto, fijar la cooperación como la elección prioritaria de una sociedad moderna es, a la larga, mucho más eficiente que la competencia. Las



dinámicas colaborativas generan energías que no estaban antes. Ni en lo tuyo ni en lo mío, sino en construir lo nuestro, que suele ser mucho más que la mera suma de lo tuyo y lo mío.

Una ética de la colaboración: el buen antepasado

La historia nos enseña que la humanidad, ya sea de forma individual, como especie o a escala social, es capaz de lo más abyecto y de lo más sublime. Y que lo que nos define es la capacidad para elegir en qué polo nos situamos. Las éticas, como creaciones colectivas y como consensos reguladores, son un logro crucial que tratan de empujar esa libertad hacia el bien.

Hablamos de las éticas porque ese “consenso regulador” está lejos de ser único, y de hecho en nuestra sociedad conviven varias éticas diferentes -en ocasiones contradictorias-, que entran permanentemente en conflicto. Porque una ética, para que funcione realmente, no puede ser impuesta.

Todas o la mayoría de esas éticas, con sus conflictos y sus consensos, nos han ido preparando para la empatía con “los cercanos”, con el aquí y con el ahora. Han construido la figura simbólica del “buen vecino”, que no sin dificultad tratamos de aplicar en la vida cotidiana y en las decisiones políticas.

Sin embargo, los problemas y desafíos que enfrentamos hoy, en los tres planos (individual, societal y como especie), dejan corta nuestra visión ética tradicional, porque estos retos tienen que ver también y, sobre todo, con “los lejanos”, con el allí y con el mañana.

Por lo tanto, necesitamos construir una nueva ética que, integrando lo que de valioso tienen las precedentes, avance hacia la figura del “buen antepasado”. Una ética que nos permita satisfacer las necesidades materiales de manera sostenible. Una ética que nos haga protagonistas de nuestra existencia, en parte herederas de quienes nos precedieron y en parte albaceas de un mundo que debemos legar en condiciones a quienes nos pervivan.

Quizá el elemento más importante de esa ética que precede a la del “buen antepasado” (y que debemos mantener y potenciar), es todo aquello que nos ubica en la solidaridad, la empatía y la responsabilidad hacia quienes viven en la “cara B” de la realidad actual: las perdedoras del sistema, las víctimas de la injusticia, de la explotación, de la discriminación...

Por eso, la propuesta de sentido que proponemos incluye el mañana, pero es para hoy. Y no puede dejar a nadie atrás hoy, para que sea creíble en el mañana.



3. La ecología política como propuesta de sentido



En el primer apartado hemos hecho un repaso somero de los malestares que nos genera el tipo de vida que llevamos, que no son sino el reflejo del sistema sociopolítico en el qué vivimos. En el segundo hemos planteado una serie de propuestas de sentido para ayudarnos a vivir la vida que nos gustaría vivir, porque no nos resignamos y porque tenemos derecho a ser felices. Por lo tanto, en este tercer apartado nos queda concluir el relato con algunas reflexiones que nos ayuden a situar todos estos elementos en el ámbito de lo político.

Somos el partido verde en España. De manera consciente, en este documento no hemos planteado cuestiones de las que tradicionalmente hablan los partidos, y tampoco hemos hecho ninguna propuesta concreta. Y sin embargo todo lo dicho hasta aquí tiene que ver con nuestra propuesta política.

La ecología política nos define ideológicamente: somos los verdes, un partido miembro del Partido Verde Europeo, y el haberlos movido en este documento en el ámbito de la filosofía política y antropológica, no pretende ocultar este hecho, sino poner en valor que nuestro espacio político asume un enfoque coherente: que nuestras propuestas programáticas están conectadas directamente con esa búsqueda de sentido existencial y social para el ser humano en esta encrucijada ante la que nos encontramos.

Todo es política

Lo individual, nuestra vida cotidiana, las interacciones que desarrollamos con otras personas, los entornos comunitarios que habitamos y construimos, y, por supuesto, las instituciones de las que nos hemos dotado para organizar la sociedad, son dimensiones distintas del todo que formamos. Dimensiones interrelacionadas, inseparables, y todas ellas políticas en su sentido más amplio.

Por eso mismo, todas las propuestas de sentido que hemos desarrollado, son propuestas políticas dirigidas a cada una de nosotras, a orientar nuestra vida cotidiana, a mejorar nuestras interacciones personales, a reforzar nuestros vínculos comunitarios, a gobernar las instituciones que organizan nuestro vivir colectivo, y a condicionar las leyes que lo regulan.

Separar estos ámbitos, aislarlos unos de otros y evitar los puentes es una mala idea, aunque seguramente resulte muy funcional para seguir pedaleando en esa bicicleta absurda y deshumanizadora en la que estamos subidas, de modo que no veamos las raíces sistémicas de los malestares que vivimos, y para que tampoco nos hagamos la pregunta más revolucionaria del mundo: ¿por qué?



El poder y la potencia

En política, a menudo nos preguntamos cuál es la mejor manera de cambiar la realidad que nos rodea. Nos planteamos si el cambio depende de los comportamientos individuales, de los grupos comunitarios que se organizan para vivir de otra manera, de los movimientos sociales que presionan a los representantes políticos, o de que estos últimos hagan bien su trabajo.

Sin embargo, siguiendo el hilo del punto anterior, está claro que es una pregunta mal planteada. La clave de bóveda del cambio no está en ninguno de esos factores, sino en todos a la vez y de manera interrelacionada. Todas estas dimensiones de la acción son fundamentales, cada una tiene sus capacidades y sus límites. Y todas necesitan de las demás.

Así, reciclar nuestros residuos no es suficiente para frenar el despilfarro de recursos naturales, pero sin una ciudadanía consciente y responsable nunca se plantearán las reformas estructurales necesarias para conseguirlo.

Nuestra sociedad tiene en su imaginario a la máquina poderosa -al *bulldozer*- como gran metáfora. Consideramos el poder como algo acumulable y apropiable. Sin embargo esta imagen ignora el poder del aleteo de la mariposa, que nos propone la teoría del caos. Porque el poder, entendido como potencia, es algo que surge de la concertación de lo pequeño, de la cooperación, y que escala desde ella.

Ésta es la esencia profunda de la democracia, en la que creemos de manera radical. Por eso, lejos de buscar imponer esta propuesta, apostamos por consolidarla, por extenderla y recrearla con la potencia de la cooperación.

Recrear comunidad

Lo comunitario es una estrategia política de resistencia y de futuro. La comunidad nos permite ejercer la reciprocidad, el hoy por ti y mañana por mí sin necesidad de equivalencia, como mecanismo para afrontar los resentimientos y para reconstruir la confianza social.

Lo comunitario es lo próximo, lo pequeño, lo abarcable. Los cambios empiezan ahí, en lo local, en cómo nos relacionamos (sin perder de vista lo global). La lucha contra el cambio climático empieza en mi escalera, en mi portal. La protección de los mares comienza en el desagüe de mi retrete. Por eso crear comunidad a través de la escucha y el diálogo, alrededor de una mesa, en el cuidado del espacio público, en el arte o en la cultura, puede ser una experiencia profundamente transformadora.



Poner lo verde en el centro de las agendas

Creemos firmemente que tenemos por delante un gran reto. Para ello es preciso que lo recogido en este documento, que no pretende estar completo ni haber dicho la última palabra, se convierta en objeto de diálogo.

Hablemos de estas cosas, pongámosle nombre a nuestros malestares, reflexionemos en torno al sentido de cómo vivimos y de cómo queremos vivir. Y a la vez apostemos por reforzar un partido verde, como novedad de sentido, con propuestas coherentes con él.

Imaginemos un partido que pueda llevar éstos y otros debates sustantivos al centro de donde se deciden las cuestiones colectivas, donde se toman las decisiones que, con más rapidez, pueden cambiar el rumbo de la vida que vivimos. Un partido verde con vocación de gobierno, que desde las instituciones democráticas impulse las políticas necesarias para hacerlo. Un partido verde profundamente radical (ergo, que va a la raíz de las cosas) en sus análisis y marcadamente dialogante en sus propuestas.

Hagámoslo. Démósle sentido para renovar la esperanza.